

La Voz de Guipúzcoa

Año V.

Diario Republicano.

Núm. 1.575

Precios de suscripción.

SAN SEBASTIÁN: tres meses, 4 pesetas.—PROVINCIA, tres meses, 4,50 pesetas.—EXTRANJERO: un año, 35 pesetas.—ULTRAMAR: un año, 30 pesetas.
Las suscripciones hechas por conducto de los corresponsales, tienen un aumento de 10 por 100.
Número suelto, 5 céntimos.—Número atrasado, 10 céntimos.
No se devuelven los originales.

San Sebastián.—Viernes 16 de Agosto de 1889.

Redacción y Administración.

CALLE DE ECHAIDE, 6, BAJO.

TELÉFONO N.º 24.

Precios de inserción.

En cuarta plana, 10 céntimos la línea.—En tercera plana, anuncios preferentes (RECLAMOS), 20 céntimos la línea.—Gacetas, 50 céntimos.—Anuncios en la primera plana, 1 peseta la línea.
SEÑALES PROPORCIONALES AL NÚMERO DE INSERCIÓNES.
COMUNICADOS: 4 precios convencionales, de 1 á 25 pesetas línea.
Recibe anuncios en París M. A. LORETE, rue Casimir 61, uno de nuestros corresponsales.

Colegio de Angulema (Francia)

Mr. L. Serres, Director y sucesor del Colegio Sauguet, tiene el honor de participar á las personas que deseen confiarle algún joven para la enseñanza de francés y demás asignaturas, se hallará á su disposición desde este día hasta el 18 inclusive, en la fonda de Alzaga, calle de Beneficencia donde recibirá y dará instrucciones y referencias.

BONOS

de la Exposición de París.

La enorme y creciente afluencia de gente á este gran certamen internacional, ha determinado una fuerte alza en el precio de los bonos. Recordamos al público que disponemos de los medios necesarios para aventajar en precios á los revendedores de París.

Nuestros precios hoy, son los siguientes:			
Bonos con 25 entradas, pesetas.	id.	id.	25
Bonos sin id.	id.	id.	13
Entradas sueltas	id.	id.	0,65

EL CARLISMO PINTADO POR SI MISMO.

Si por algún otro medio, además de la razón que á las escuelas liberales les existe, hemos de hacer abrir los ojos á esa masa indocata é inconsciente que sigue las inspiraciones del cura, dueño absoluto de la conciencia en virtud del poder que el fanatismo le presta, ha de ser mostrándole en toda su realidad el hervidero de miserias y bastardas pasiones que instituyen los dos focos del carlismo.

Nuestro juicio podría parecer interesado. Preferimos presentar la fotografía auténtica hecha, no por nosotros, sino con el cliché que los carlistas nos facilitan.

Sabido es que hasta hace muy poco tiempo todos eran unos; todos adoraban en D. Carlos; por él pelearon y por él sacrificaron sus intereses, después de sacrificar los sacramentos del país además de la paz y el sosiego de nuestra patria.

Terminó la guerra y siguieron unidos varios años; pero surgió la disidencia y de lo menos que se motejan unos y otros es de traidores.

Después de habernos dicho que la opinión está con ellos, que el país quiere á D. Carlos, que su causa se impone, vienen como de molde las siguientes relaciones hechas por un periódico tradicionalista de Bilbao, *El Buzcarro*.

«No podrá quejarse, con justicia, ningún carlista de haber ocultado su argumento. Aquellos, al contrario, nos hemos complacido en presentarlo con toda energía y fuerza posibles, porque eso que pretende ser argumento avasallador contra nosotros, los íntegros, es, bien examinado, nuestra mejor justificación.

En efecto, nosotros sabíamos perfectamente que el gobierno de D. Carlos no había sido lo que debe ser el gobierno de un rey netamente católico; á nosotros nos contrastaban muchísimo ciertas escenas de la corte de D. Carlos y nos dolía hondamente que se viese rodeado de masones y hombres licenciosos, mientras que no hacía el debido precio de los consejos de un ilustre prelado; nosotros veíamos con amargura tristeza al duque de Madrid llevando la guerra y la política por las sendas de perdición, y la pena era tanto más intensa cuanto que con seis meses de anticipación tocábamos, por decirlo así, su funesto desenlace.

«Dentro de un año á Madrid», se decía en Guernica en Agosto de 1875, y nosotros contestábamos, no públicamente (que eso equivalía entonces, á los ojos de algunos ciegos ó mal intencionados, á declararse liberal) sino á las personas de recto criterio, «dentro de seis meses á la emigración.»

«Este ocurría cuando querían meternos por los ojos la realidad de un triunfo que nunca llegó, porque, como se ve, ni ellos mismos esperaban.

Copiamos este otro dato de importancia para historia del carlismo:

«Aún recordamos una acalorada conversación habida en un gabinete de descanso al pie de la escalera de la fonda Bilbatua, en Bayona, entre dos conspicuos carlistas. Era el uno el venerable fraile de Ispaster, era el otro D. José Niceto de Urquiza. Hablaba éste con verdadera indignación contra D. Carlos, y cierto, que no le faltaban motivos fundados; pero el fraile de Ispaster le atajó en su conversación con no menos energía y le dijo: «así no se habla de un rey en su desgracia, antes debió trabajarse para corregir ciertos abusos, más ahora propio es de buenos hijos cubrir los defectos del padre.»

«Nosotros olvidamos los yerros pasados—dice en otro párrafo el citado colega—tendíamos un velo sobre ciertos defectos de D. Carlos y escenas poco edificantes de la guerra, disimulábamos las debilidades del hombre y salíamos á la defensa del príncipe mientras fuese el porta-estandarte de la bandera tradicional, postrado á los pies de Jesucristo.»

«Véase, pues, con cuánta razón hemos venido considerando al carlismo como foco de la hipocresía y de la perversión. Los que hablan así,

siguieron, no obstante, esos defectos y esos yerros, defendiendo la política de D. Carlos, hasta que una cuestión de amor propio les hizo dejarse de sus antiguos camaradas.

Entre ellos figura como principal factor el clero. Esos son los íntegros retratándose á sí propios.

Otro día veremos á los leales también pintados por sí mismos.

«Unos y otros se dan á conocer como son. Como la encarnación de la falsía y de la corrupción.



TOROS.

SEGUNDA DE LA TEMPORADA.

Eran las seis y llovía y á las ocho no cesaba y á las diez todos rezábamos una salve á San Ana.

Eran las doce y seguía y á las dos aún diluviaba y á poco más de las tres..... ícía con unas ganas!

Pero minutos más tarde soltó el simpático Arana su primera carretilla de pólvora y de bengala y las nubes obedientes corriendo á la desbandada nos dejaron ver un poco del Sol la estúpida cara.

Y á las cuatro menos cuarto el cielo se despejaba y la gente presurosa emprendió la caminata por la Zurrullola á la plaza y comenzó la corrida, sin nubarrones, sin agua, sin sofocos y sin frío, y sin otras circunstancias.

Y ahora ¿habrá quien sospeche de la fortuna de Arana? Nada, que le canonizó y le concedo una plaza entre los santos del cielo y escribo al pie de su estampa para que el mundo le recite esta inscripción: «San Arana, gran empresario de toros y abogado contra el agua.»

Era 'l giorno ch 'al sol si scoloraro por la piéta del suo Fattore i rai, sin gente en los paseos, caso raro, y sin juego también en Jai-Alai.

Tor mundo que diquela dejó aparte sus fatigas pa ver gran torero quel ch' infinita providenza ed arte mostró nel suo mirábil magistero, manque diga jasiéndonos el bú er franchise de Bailier, que está en Belquen (1) puique le genre humain está en una rone qui ne peut faire un tour sans craser quelq'un.

Y digo, en fin, y digo bien de fijo que es del pueblo del vannezar el 'l frutto (y ayer lo hizo mal) er Lagartijo et Bailier un estoipido y un bruto.

Previo este desahogo en gloria y provecho del gran califa de Córdoba, sucesor en línea directa de Abderraman el coloso y niño mimado de la tierra de Maria Santísima, porque sí, diga lo que quiera Carulla, paso á la plaza, me asomé á la meseta y me veo á Rafael en el arrastre mustio y cabizbajo.

«Zefiore, naide me farte ni me zaque de la pizta: zefiore, zoy reformizta, no voy á ninguna parte.

Al fin Juan puede adornarle con dos mondadientes en su sitio y á la media vuelta, aprovechando; y repite la misma suerte Ojitos con lo que Realito pasa á manos del cordobés.

Viste el califa de verde lagarto tísico y oro de ley. Comienza su faena el maestro con tres pases naturales, uno con la izquierda, uno alto, que pareció de pecho, sin ser ni siquiera de espalda y un pinchazo en hueso tirándose el maestro á matar desde Hernani.

Signió obra brega tan lucida como la anterior por estar Realito entablado y, por fin, tirándose Rafael desde un poquito más acá de Loyola á volapié le propinó una media estocada

que bastó para que el toro rodara lloroso y mustio tarareando entre dientes el credo de Polivito.

Era el segundo burel á quien llamaban Donoso, de Aleas, retinto oscuro, corredor y cornicorto.

Entre Calderón y Chuchi le rascaron cuatro veces el morrillo, sin más consecuencias que un ataque epiléptico de la damisela que montaba Chuchi.

Salió el reserva y cayó al descubierto, pero Salvador se llevó el toro á los medios, le paró y le puso el capote delante del rostro, diciéndole: ¡Hijito de mis entrañas, límpiate el sudor de tu frente!

Y pasa Donoso á banderillas algo más espavilado que estubo en el primer tercio y buscando el bulto, ni más ni menos que si fuera un Sagasta cualquiera.

Pulga á la media vuelta le cuelga un par que resulta en su sitio y Ostión de frente le cuelga dos alfileres, pero ¿de

e que mestoy figurando y tengo presentimiento de lo que aquí va á ocurrir. Yo me callé, y, en efecto, al acabar la corrida di la razón al maestro porque su figuración tuvo exacto cumplimiento.

La corrida no fué buena que digamos, pero en cambio se hizo pesada, desigual y poco interesante.

La plaza estaba llena de botijo en botijo; que no siempre ha de ser de bote en bote.

En los palcos estaba la aristocracia y entre palcos y fosos la democracia. Por eso Budha dijo que Dios las cria y ellas se juntan.

Este rasgo de erudición (ya no sé más) le estampo aquí para que rabie un carlista que está á mi derecha y que se las echa de filósofo cada vez que uno de los bureles descuarta un arpa edifica de las que pasan á la eternidad dedicando su último suspiro á D. Carlos y á su mogiganga.

Son las cuatro. Entra en la presidencia el Sr. Altube, se hace el despejo con toda regularidad al son del himno de Pepe-Hillo, cayó la llave á los pies de Escudero,

que, luego incontinentemente coló al chapeo, fuese y no hubo nada. Hasta que, cambiados los capotes, el presidente

agitó la percialina más que de prisa y corriendo y al sonar de una ocarina se nos presentó un berrendo.

Llamábase Realito (¡que bonito!) y era de libras, bien armado y con ojo de perdiz. Lucía moño morado y blanco con flecos á la Pompadour. Esto último me lo figuro yo, porque Realito no dijo al salir más que *mé* y el carlista de marras no quiso servirme de intérprete.

Acosó de primera intención al Chuchi, pero sin recargar, como condelándose del *asta* montado, pero derribando al ginete en son de caricia.

Calderón moja en el morrillo una vez sacando ilesa su arengue y vuelve Chuchi que se apea por las orejas besando las costillas á Realito. Al quite Rafael y Salvador.

Y sin más que estos tres rasguños pasa el bicho á manos de Ojitos, que después de una salida en falso cuelga medio par al encuentro porque Realito no quería hacer nada, sin duda para justificar la realza de su nombre.

Tres salidas en falso hace Juan Molina y el toro quieto y diciendo: Zefiore, naide me farte ni me zaque de la pizta: zefiore, zoy reformizta, no voy á ninguna parte.

Al fin Juan puede adornarle con dos mondadientes en su sitio y á la media vuelta, aprovechando; y repite la misma suerte Ojitos con lo que Realito pasa á manos del cordobés.

Viste el califa de verde lagarto tísico y oro de ley. Comienza su faena el maestro con tres pases naturales, uno con la izquierda, uno alto, que pareció de pecho, sin ser ni siquiera de espalda y un pinchazo en hueso tirándose el maestro á matar desde Hernani.

Signió obra brega tan lucida como la anterior por estar Realito entablado y, por fin, tirándose Rafael desde un poquito más acá de Loyola á volapié le propinó una media estocada

que bastó para que el toro rodara lloroso y mustio tarareando entre dientes el credo de Polivito.

Era el segundo burel á quien llamaban Donoso, de Aleas, retinto oscuro, corredor y cornicorto.

Entre Calderón y Chuchi le rascaron cuatro veces el morrillo, sin más consecuencias que un ataque epiléptico de la damisela que montaba Chuchi.

Salió el reserva y cayó al descubierto, pero Salvador se llevó el toro á los medios, le paró y le puso el capote delante del rostro, diciéndole: ¡Hijito de mis entrañas, límpiate el sudor de tu frente!

Y pasa Donoso á banderillas algo más espavilado que estubo en el primer tercio y buscando el bulto, ni más ni menos que si fuera un Sagasta cualquiera.

Pulga á la media vuelta le cuelga un par que resulta en su sitio y Ostión de frente le cuelga dos alfileres, pero ¿de

los de castigo, que le hacen esclazar á Donoso (¡apurar, Ostión, pretendo porque me tratas así! ¿que delito cometí contra tus puños naciendo? etc.) y todo lo demás que dice Segismundo en *El sueño es vida*.

Pulga le cuelga otro palo que reseita superior y pasa nuestro corniceto á manos de Salvador, que viste de verde y negro.

El maestro emplea una faena más lucida de lo que el bicho se merecía.

Trece pases en corto, entre ellos uno en redondo, cuatro altos y los demás naturales preceden á un buen pinchazo.

Otros dos pases naturales y una media, estocada á toro pasado, de la que sale perseguido y desarmado coronan la obra del maestro. Aplausos en las tribunas.

Sale *Botonero*, que lleva el número 7 y es de D. Vicente Martínez, retinto (el toro, no D. Vicente), bien armado, de preciosas estampa y con más pases que los que están poniendo en la Zurrullola para levantar, cuando se levante, si se levanta, la estatua de Ojitos.

El picador de quita y pon sufre un tumbó, merced al primer botonazo de *Botonero*. Calderón y Chuchi quitan el polvo al toro la friolera de siete veces, con pérdida de tres apagaluces de los que montaban y moja de nuevo el reserva sin averías para su alma en pena.

Pues miren ustedes, con nueve varas y todo el bicho estaba tan enterito como al salir de la crislida.

Cuando pasó á banderillas realizó una hazaña digna de lo.

Levantó á un jameigo, que estaba dormido y á quien ya habíamos hecho el oficio de difuntos.

Y dijo el jaco al volver á la vida terrenal: ¡Soñaba que era poder con Romero y con Pidal!

Juan Molina quiere colgar á *Botonero* un par al encuentro y sale acosado, porque el bicho quiere hacer nada por él; nada que no sea describirle. Repite Juanillo con un par soberbio de frente y luego otro cuartucho de sirviendo de intermedio una al relance de Ojitos.

Lagartijo se encontró al toro sin castiño alguno y sin pases previas la larga un pinchazo hondo á paso de banderillas.

El público soberano pita, y yo creo que aun no es la hora de pitar.

Repite otro pinchazo en la misma forma y sigue pitando el público.

Y yo creyendo que aun es pronto. Y torna Lagartijo á pinchar á pase de banderillas...

Y ahora sí que creo que es hora de pitar, porque si el toro llegó á la muerte poco castigado, con los dos primeros pinchazos tenía bastante para dejar de ponerse moñas.

Botonero se cayó, á la postre, probablemente de aburrimiento.

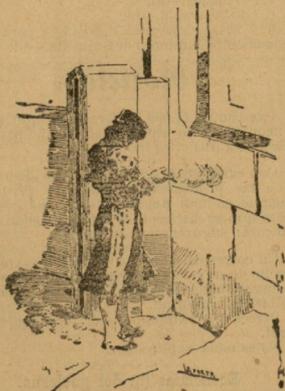
Hubo voces, hubo broncas, hubo protestas y gritos como si nos las hubiéramos con Cánovas del Castillo.

Era el cuarto un Aleas á quien pusieron en pila el nombre de *Romita*. Los padrinos debieron ponerle alas en los pescisetas y sus padres le dotaron espléndidamente de cuerua; era retinto y algo bragao para lo que ustedes gusten mandar.

Entraron en tanda Cirilo y Calderón (Pepe) que se fueron al bicho con intención de contarle un cuento y después de mojarle una vez, cada uno y de perder su aletuya el segundo, hizo Cirilo proezas picando hasta cinco veces en corto y como Dios manda que se castigue á las reses.

El Pegote, que era uno de los reservas picó cuatro veces, pero en dos el bicho dió marronzazo. Tenía el derrote muy alto.

Quedaron sobre la arena cuatro cadáveres difuntos jugando á las cuatro esquinas, pero uno de ellos debió ver en el otro barrio algo que no le gustó y se levantó *impronta*. Entonces un despiadado mono sabio se entretuvo en hacer de la cabeza del jaco un acerico donde clavaba puntilla, como jugando al no acertar.



¿Qué te pasa Rafael? le digo desde mi asiento ¡Maresita de mi arnal—dice el bueno del maestro—

(1) Ciudad de Ripio, cerca de Belem.

